



Artículos y Ensayos

DE MARÍA-MADRE A MARÍA-MUJER
UN CASO DE INHIBICIÓN EN LA SALIDA A LA EXOGAMIA

VIRGINIA MAZA

RESUMEN

El presente trabajo aborda un caso clínico, en el que se ilustran ciertas las dificultades que pueden presentarse en el transcurso de la adolescencia para lograr una salida a la exogamia. Se describe cómo la inhibición de la sexualidad se vincula con la dificultad para desidentificarse de los objetos endogámicos. En este caso, la identificación con ese Otro sin barrar que supone el significante de la Virgen-madre, ofrece a la paciente una vivencia de completud que la aleja de un saber sobre su propia castración, resguardando así la fantasía infantil de bisexualidad, e impidiendo una resolución en el hallazgo de objeto.

Palabras claves: adolescencia; exogamia; inhibición de la sexualidad.

**FROM MARIA-MOTHER TO MARIA-
WOMEN. A CASE OF INHIBITION IN THE
EXIT TO EXOGAMY**

ABSTRACT

This paper discusses a clinical case, which presents certain difficulties which may arise in the course of adolescence to achieve an output to exogamy. Describes how the inhibition of sexuality is linked with difficulty to dis-identify inbred objects. In this case, the identification with that Other without bar which is the signifier of the Mother-Virgin, offers the patient an experience of completeness than away from knowledge about his own castration, thus safeguarding the childhood fantasy of bisexuality, and preventing a resolution in the find object.

Keywords: adolescence; exogamy; inhibition of sexuality



El caso María

María comenzó su tratamiento a los veinte años, por sugerencia de su madre, y explicó así el motivo de su consulta: *“Yo sé que quiero casarme y tener una familia, pero nunca tuve novio. Ni un beso, ni una manito, nada. En el fondo me parece que nunca va a pasar. Yo no puedo hacer nada para que pase”*.

Ella es bonita, de contextura física mediana, viste a la moda, y se expresa con desenvoltura. Vive con sus padres, y con su hermana menor. Está estudiando la Licenciatura en Historia con intención de dedicarse a la docencia. Cuando se refiere a su elección vocacional, de inmediato la relaciona con su padre, quien se recibió de Licenciado en Historia, aunque sólo ejerció poco tiempo, y luego se dedicó a trabajar en otra actividad. Dice María: *“Sé que estoy viviendo la vida que él no pudo tener. Hasta hice el secundario en el mismo colegio donde a mi papá le hubiera gustado recibirse”*.

El padre de María fue criado por su madre y una hermana mayor, ya que es huérfano de padre desde que tenía un año. En su juventud vivió, además, una situación muy traumática que lo dejó paralizado y con temor frente a la vida. María dice: *“Papá habla de lo que a él le gusta: de su trabajo, de política y de Historia. Siempre creo que lo que le voy a contar no le va a interesar. Nada de lo que hago le alcanza”*.

Respecto de su madre, que es docente, dice: *“cuando era chica ella no tuvo madre, porque mi abuela estuvo muy deprimida. Mamá habla mucho conmigo, demasiado. Ella siempre me contó todos sus problemas. Me dijo que cuando yo tenía tres años, una vez me puse a llorar y le dije: mami, no me cuentes más cosas porque yo no sé qué hacer, no lo puedo solucionar”*.



Desde que nació su hermana, María asumió hacia ella un rol de protección y cuidado, para resguardarla de las frecuentes peleas y discusiones entre sus padres. Ella cree que lo que le impide ponerse de novia es el temor a quedar atrapada en una relación como la de ellos, que permanecen juntos más porque se necesitan que por amor.

Desde los quince años, integra un movimiento de jóvenes católicos. La actividad que más satisfacciones le brinda es la de ser catequista en una parroquia. En las primeras entrevistas se refería a la parroquia como un lugar en el que sentía plena, en el que tenía su grupo de amigos y donde la ayuda a los demás le daba sentido a su vida. Si bien esos ideales de servicio perduran, a los dos años de tratamiento se planteó la posibilidad de abandonar el movimiento. Su madre también se apartó de la Iglesia pasados los veinte años, porque sentía que había una contradicción entre el mandato de mantener la castidad durante el noviazgo y su elección de tener relaciones sexuales con sus novios.

Su vida social gira principalmente en torno a sus amigos de la parroquia, va a algún cumpleaños, retiros espirituales, reuniones del movimiento. Afirma que no le gusta ir a bailar porque *“hay que hacerse la linda, y seducir no me sale, quizás porque tengo miedo a quedar expuesta, a que me rechacen”*. Asocia este temor al rechazo con una situación vivida en el colegio, alrededor de sus diez años, cuando una amiga del grado, traicionando una confidencia suya, le dijo a un compañero que *“María gustaba de él”*, ante lo que recibió el más rotundo rechazo por parte del niño. Aún hoy, tantos años después, sigue sin poder confiar a sus amigas si un joven le interesa, ya que la vergüenza la domina.



Plantea también otros argumentos por los cuales su contacto con los muchachos es dificultoso. Dice: *“Si un chico se da cuenta de que me gusta pienso que me va a dar bolilla porque le doy pena”, “Yo sé que no soy fea, pero me cuesta creer que le guste a alguien”*

Algunas reflexiones sobre este caso

María presenta una inhibición en uno de los aspectos esenciales de la vida: la sexualidad y la formación de una pareja exogámica. De acuerdo con Freud, la inhibición es una restricción a una función del yo, una limitación funcional del yo, y a pesar de que una inhibición no supone necesariamente la motricidad física, sin embargo suele tener una cierta connotación al respecto. Es por ello que María siente que *“nada puede hacer”* para ponerse de novia, evidenciando algo de la dificultad en lograr un movimiento. Como explica Lacan en su seminario sobre la angustia, dificultad y movimiento constituyen los dos parámetros en los que se ubica la inhibición, es decir, una dificultad en el movimiento del deseo.

Al comenzar el tratamiento, María ya podía captar que estaba viviendo la vida que su padre hubiera querido vivir, y también que estaba repitiendo la historia de su madre. Parte de sí se rebelaba a seguir en ese rumbo por cuanto el paso siguiente sería, inexorablemente, formar una pareja desdichada y quedar atada a ella por necesidad o por comodidad, pero no por amor. Acudió entonces a terapia, al igual que sus padres cuando necesitaron separarse del hogar parental, con la expectativa de que este fuera el último punto de coincidencia entre el recorrido que ellos habían seguido y el que ella esperaba emprender. A partir de la habilitación que ofrecía su madre, el tratamiento abriría un camino a la iniciación, que estaba retenida por cierta claudicación en la instancia paterna.



Quizás a falta de un rito iniciático, como los que se daban en las culturas más antiguas, en algunas familias es necesario que el analista cumpla esa función de “iniciador” en el pasaje a la exogamia, que la propia función parental no puede lograr.

Según explica Freud: *“Ya hemos entrevisto que una de las principales finalidades de la cultura persigue la aglutinación de los hombres en grandes unidades; pero la familia no está dispuesta a renunciar al individuo. Cuanto más íntimos sean los vínculos entre los miembros de la familia, tanto mayor será muchas veces su inclinación a aislarse de los demás, tanto más difícil le resultará ingresar en las esferas sociales más vastas”*. En la familia de María circula la crítica y los mandatos con gran fuerza, y las palabras de los mayores tienen un peso difícil de soslayar. Cuando se plantea la alternativa de ir a vivir con una amiga, el impulso de autonomía se frena ante la sentencia de su padre: “se van a pelear y la amistad se va a terminar”. Del mismo modo, cuando les recrimina a sus padres sus frecuentes discusiones, recibe como respuesta: “a vos te va a pasar lo mismo”. Esas palabras tienen para María el peso de una profecía, no puede cuestionarlas porque el “somos” o el “nosotros”, se impone sobre el individuo. Según sus propias palabras: *“en mi familia todo circula, todo se sabe, todos opinan. Si les presento un novio. ¿qué van a decir de él... y de mí?”*

Dice Freud que *“en el individuo que crece, el desasimiento de la autoridad parental es una de las operaciones más necesarias, pero también más dolorosas del desarrollo. Es absolutamente necesario que se cumpla, y es lícito suponer que todo hombre devenido normal lo ha llevado a cabo en cierta medida”*. De estas palabras se desprende que el trabajo de sustitución generacional supone una confrontación entre el hijo adolescente y sus padres, en la cual, sin que quede de lado el amor entre ellos, hay sin embargo un



cierto malestar que invade las relaciones mutuas. Esa dosis de confrontación y malestar es la que María no había podido aceptar hasta el momento: ella necesitaba para poder tolerarla una cierta guía y acompañamiento que había venido a buscar en el análisis.

Desde sus primeros años María se había convertido en la obligada confidente de su madre, una mujer solitaria, que no contaba con amigos ni con un compañero a quien confiar sus problemas, y que en cambio, los volcó en su hija mayor de un modo ligado al exceso del goce. De esta manera convirtió a su hija en esa madre que, inmersa en una profunda depresión, no había podido sostenerla en su primera infancia. El padre por su parte, huérfano desde muy pequeño, devino con ciertas fallas en su estructuración narcisista, que no le permitieron asumir cabalmente el rol paterno: fue un padre-niño, que aparecía ante los ojos de María como alguien caprichoso, para quien las cosas son “así porque sí”, y también temeroso y pasivo en su postura ante la vida. Un padre al que nada satisfacía en su incesante orfandad. Entre esos padres-huérfanos creció María, funcionando para ambos como una madre que los mantenía unidos, y les proveía del sostén narcisista del que habían carecido. También fue una madre para su hermana menor, que nació cuando ella tenía cinco años, y con quien forjó un vínculo fraterno asentado, posiblemente, sobre un Edipo deficientemente superado, por lo que se podría hipotetizar la conformación de un triángulo entre María, su padre y su hermana-hija.

En una sesión María relató cómo se emocionó hasta las lágrimas ante una imagen de la Virgen sosteniendo en sus brazos a su hijo Jesús. *“Me sentí conmovida por el amor de una madre. Una madre es incondicional, está allí para siempre, hasta el final, como está mi mamá con mi papá”*. Este significante de la virgen-madre ha operado poderosamente sobre ella, ya que enlazándose con sus convicciones religiosas, le devuelve una imagen



de perfección, y de amor desinteresado y sublime, como el que sus propios padres no han podido brindarle y que ella se esfuerza por ofrecerles, respondiendo a un súper-yo tan insaciable como la demanda parental. A partir de esta identificación con la madre-santa que podríamos considerar su Yo Ideal, a María le resulta muy difícil abandonar las gratificaciones que obtiene de su rol de hija perfecta. Difícilmente podría confrontar con sus padres o defraudarlos en sus expectativas respecto de ella, ni apartarse del camino tácitamente trazado que marca una continuidad indiferenciada y una oportunidad reparatoria para ellos. La identificación con ese Otro sin barrar que supone la santidad de María, madre y virgen, le ofrecía una vivencia de completud y le permitía mantenerse alejada de un saber sobre su propia castración. Como expresó María en una oportunidad *“Tengo miedo de ponerme de novia y después darme cuenta que no me alcanza, que no soy feliz”*. La virgen-madre resguardaba así la fantasía infantil de bisexualidad y excluía la necesidad del otro sexo, impidiendo una resolución en el hallazgo de objeto.

Esta situación, sostenida durante años, comenzó a generar una incomodidad en María. Desde el momento en que el *“yo soy así”* caracterial con que se presentaba en las primeras entrevistas, pudo dar paso al *“no avanzo, sigo siempre igual”* vivido egodistónicamente, es que María empezó a plantearse la necesidad de cambiar. El primer indicador de esta incomodidad se dio respecto del movimiento de jóvenes católicos, al que comenzó a describir como algo cerrado, rígido, donde las cosas son porque sí, sin explicaciones, y en el que se habla mucho, pero no se hace nada. Luego de un tiempo lo relacionó con las características que veía en su padre. No obstante, tomar la decisión de separarse no le resultó fácil, ya que necesitaba hacerlo gradualmente y en buenos términos. Dice María: *“No me quiero ir mal. Quiero que entiendan que hay otra*



manera de ver y de hacer las cosas. No quiero que digan: pobre María, cayó en el pecado". Asimismo, le dolía tener que renunciar a su tarea como catequista en la parroquia, a la cual consideraba su segundo hogar. Abandonar la parroquia suponía para ella un desprendimiento de los aspectos infantiles vinculados con la relación pre-edípica con su madre, tan intensa y gratificante como angustiante.

A modo de conclusión, podemos decir que durante la adolescencia se produce una remodelación identificatoria, atravesada necesariamente por un trabajo de desidentificación con los objetos endogámicos, que sólo es posible emprender dentro de un proceso sostenido de historización del Yo. En las propias palabras de María: *"No es cortar con todo y empezar otra cosa. Es como re-significar todo y después hacer lo tuyo"*.

Como señala Lacan en su seminario V, hay que poder *"ir más allá del padre, a condición de servirse de él"*. Se trata de la constitución del Ideal del Yo, en la que el sujeto debe hacer una nueva elección con el significante, elegir una profesión, un proyecto, una pareja, una salida a la existencia. Pasar de un pensamiento a un acto, en el cual más allá de las demandas y los mandatos familiares, se juegue un deseo propio a partir del cual se pueda constituir un futuro.



Referencias

Amigo S., (1994), *De la práctica analítica. Escrituras*, Ricardo Vergara Ediciones, Buenos Aires.

Amigo S., Notas sobre el despertar de la primavera, Ponencia presentada en las Jornadas de 1998 de la E.F.B.A., en <http://www.efba.org/efbaonline/amigo-01.htm>

Freud S. (1926), Inhibición, síntoma y Angustia, en *Obras completas* (1985) Tomo XX, Buenos Aires, Amorrortu Editores.

Freud, S. (1905). La metamorfosis de la pubertad en *Obras completas* (1991) Tomo VII. Buenos Aires: Amorrortu Editores.

Freud, S. (1908). La novela familiar del neurótico en *Obras completas* (1979) Tomo IX. Buenos Aires: Amorrortu Editores.

Freud, S. (1930). El malestar en la cultura en *Obras completas* (1979) Tomo XXI. Buenos Aires: Amorrortu Editores.

Lacan J. (1957), El Seminario. Libro 5, *Las formaciones del inconciente*, (1999), Buenos Aires, Nueva Visión.

Lacan J. (1962), El Seminario. Libro 10, *La Angustia*, (2006) Buenos Aires, Editorial Paidós.

Mitre J., Sobre el final de la adolescencia, en <http://www.elsigma.com/hospitales/sobre-el-final-de-la-adolescencia/11475>